



Vista del Parque Felipe Poey, tomada desde un aeroplano

Jueves 1938

EL PARQUE FELIPE POEY EN LUYANÓ

EL barrio de Luyanó necesitaba de un parque; su construcción fué un anhelo por largo tiempo sentido de sus moradores que vieron la obra materializada ya en las postrimerías del mandato del Secretario de Obras Públicas Ing. Enrique Ruiz Williams en el año 1935.

Situada esta barriada entre calzadas de un tránsito rodado de verdadera intensidad, pues por ellas pasan todo el que va en demanda de acceso a la carretera para el intercambio de productos con las provincias, así como el que se distribuye entre sus calles, llevando la actividad a sus industrias y comercios. Las facilidades para el transporte en ómnibus y tranvías son grandes para los que allí viven; pero, estas mismas calzadas que la incorporan al movimiento de la urbe,

la bloquean y la ciñen en un cinturón de ruidos y estrépitos que aún en las horas de calma, cuando el tránsito ha disminuído mucho, no recibe el espíritu fatigado el beneficio que se obtiene del reposo que nace de la quietud y del ovido de nuestros problemas más apremiantes: el ambiente, la contemplación de la naturaleza, son los medios que pueden propiciar este descanso, especialmente necesario en el caso de esta población, en su gran por ciento de modestos recursos, vive de su trabajo corporal; a estas circunstancias se debe principalmente la calurosa acogida que tuvo por parte de los vecinos de Luyanó la construcción del Parque Felipe Poey, que disponen ya de un rincón provisto de una vegetación sana: una mancha de verde con vida agradecida a una rica capa



Aspecto deplorable que ofrecía la manzana que se destinaba al Parque Felipe Poey, antes de ser éste construido

de tierra vegetal, donde mezclan sus tonos alegres las "cannas" y otras bellas combinaciones de plantas, debidas a los técnicos de nuestros servicios de parques; un parque al que pueden concurrir, sin el esfuerzo necesario para incorporarse al movimiento intenso y real de vehículos o almas molesto del tránsito pedestre y donde puedan disfrutar de un merecido reposo.

El parque consiste esencialmente de una meseta central formada en el desnivel de las calles que le circundan; bordea esta meseta un cantero en talud que termina sobre el paseo al nivel de las aceras y éstas quedan en el centro de dos filas de *Ficus Benjaminus*, preciosos ejemplares de árboles; sencillas combinaciones de escaleras de tramos rectos pintorescamente dispuestas en el proyecto, salvaban las diferencias de nivel en las esquinas entre las aceras y la meseta. Su superficie bien distribuída entre los caminos y canteros, con una pérgola de elegante archi-

tectura como foco de la composición. Entendemos que uno de los problemas fundamentales a resolver en el proyecto de un parque, es el del adecuado proporcionamiento de las áreas pavimentadas y las superficies para jardines: el predominio de las primeras, especialmente en nuestro clima, hacen del parque una verdadera superficie de calefacción que la humedad de la tierra y la transpiración de la vegetación no alcanzan a refrescar y el aumento exagerados de las segundas no encajan al parque terminado de este modo dentro de la fisonomía especial que nuestros parques de barrios precisan. Estos parques necesitan aceras amplias para que la juventud femenina del barrio, pueda pasear sus elegancias después de las cinco de la tarde, en filas de cuatro o cinco cogidas del brazo; pisos donde los más chicos ejerciten sus acrobacias sobre los patines, alfombras de césped donde los mayores puedan dejar, sin preocupación de caídas que los lastimen a los parvulitos y aún a los mayorcitos destrozarse

194

los grupos de plantas decorativas que también las tienen a veces los parques de barrio. Se ha dicho por alguien y se ha repetido mucho que nuestros parques eran de cemento, como para aludir precisamente a la tendencia que señalamos de exagerar las superficies pavimentadas hasta lo inverosímil, esto es cierto, pero acaso encuentren excusas nuestros primeros proyectistas de parques en muchas costumbres y malacrianza nuestras, como el parque de trazado en forma de "papalote" lo encontrara en el deseo de brindar caminos cementados en las cuatro diagonales del parque, que evitarían una vez construido el mismo la formación del clásico "trillo" que de otra manera forzosamente habrían de formar la constancia y rara simultaneidad de propósitos de muchos ciudadanos, para elegir la misma trayectoria a través del césped verde y lozano.

Pero lógicamente existe entre estos extremos un punto medio al que el proyectista debe aspirar, muy difícil de alcanzarlo

con exactitud, pero relativamente fácil de aproximarse; es el equilibrio que se espera encontrar en toda obra de arquitectura: la armonía entre las masas y los vanos y la feliz disposición de los detalles que hacen de la obra terminada un todo congruente bien proporcionado. El parque Felipe Poey apreciado en conjunto muestra por lo menos el esfuerzo de su proyectista para comprender y expresar el peso de cada uno de los elementos de la composición que es el mínimo que debe exhibir una obra hecha por arquitectos. Al menos significó mucho material y moralmente en el mejoramiento de un sector de la ciudad completamente abandonado hasta entonces. Los vecinos están agradecidos a las autoridades que lo construyeron y seguramente protestarían a voz en cuello si el día de mañana alguien pretendiera en aras del progreso urbano proveer a expensas del parque área adicional para el parqueo de automóviles.

ARQ. FRANCISCO SALADRIGAS



Detalle de la pérgola del parque Felipe Poey construido por la Secretaría de Obras Públicas en la barriada de Luyanó

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA